

LA NOVELA DE JUAN GODOY

Por ANDRÉS SABELLA.

Chile es como una canción. Esto lo sabe Juan Godoy, el novelista de "Angurrientos", quien, como el otro Juan Godoy, tiene en los ojos la brújula innata de los que buscan algo: él busca la sustancia de Chile, su rostro más íntimo, el hueso de su gran derrame cósmico.

Y está de pie, sobresaturado de estilo y poesía, para descubrir lo que es en su frente una gran ola de plata. Su novela no es más que una larga, porfiada, versión del alma nuestra.

"—Chile es un largo caminar por los cerros; más largo que la esperanza del pobre— decía Juan Tres Deditos —; pero cuando uno está lleno de m... por dentro, no tiene más que agarrar sus monitos y... ¡hasta más ver, amigazo!"

De esta alma que ahora cada escritor quiere coger, alzar y expresar en sus límites de fuego, Godoy, dedicando su novela a su madre y a su tierra, realiza una como misteriosa aleación para las bases de su obra: dos matrices para la voz, dos fuentes vitales para su marcha de explorador de la patria. Madre y Tierra, es decir, el génesis particular y general de la sangre, a manera de ricas tutelas; la arcilla especial y racial para la estatua de sus sueños.

"Angurrientos" significa, para el pueblo, hambrientos. Y cabe la pregunta: ¿Hambrientos de qué? Podríamos responder: De Chile: hambrientos de afirmar una caudalosa personalidad que bule entre los golpes de sangre de la tierra:

"¡Somos instintos, poderosos instintos sabios, que rompen sus cadenas!"

Godoy es, también, un angurriento de totalidad esencial chilena, pero se afana y desgarrá por enriquecer su destino con la aprehensión de la verdad nacional, sola y firme en la americana.

El "Angurrientismo", el Movimiento de la Intuición de



Don Juan Godoy

la Esencia Chileno-Cultural, preten- trabajar con Chile, por Chile y para Chile: "Angurrientos" es su libro de señales, biblia de roto choro y puro, primera piedra de los caminos que vendrán. Y aquí tiembla. Chile, y cómo tiembla! En la página 127 su furor geográfico por la tristeza es una fotografía de cosas interiores; fotografía en sanguínea de ocasos: "Ellos eran huérfanos en su propia tierra, y andaban perdidos y nada tenían. Por lo demás, cuando se montaban en el macho de la tristeza, cualquier día agarraban sus monitos, y se echaban a andar por los cerros. Leguas y leguas. De mineral en mineral."

En la página 130 habla el pampino; explica el trabajo cantero:

"—Es que cuando uno agarra la roca y le da forma y la masca, es tan rebonito trabajar. La obra lo empuja a uno como si fuera su propia alma."

Elogio de ese gesto de la naturaleza que es la piedra, de ese gesto quebrado que gime cuando el hombre lo doma; lección de unidad con las cosas, tan chilena, como el amor por los perros, esos perros que parecen ser los encargados de aullarles leñanías al roto que se pudre en cualquier parte...

"Riñas de gallos" es tarde sin fatiga, cuadro que refulge de sangre, escarlata sobre escarlata.

Calidad y juventud definen a Godoy. Y, además, poesía, juegos luminosos de expresión que poseen su origen en la primera frase de la novela, desusada manera de abrir un libro en Chile: "Aquel cielo en llamas". La belleza formal llueve sus filamentos plateados y ello alcanza hasta el hablar de los

personajes, que mueven sus ansias en un sugerente estilización, un poco discordante, acaso, para el objetivo directo de Chile que bucea el autor.

En cambio, ¡qué olor conocido cuando nuestros modos pintan una estrella en el librol **Animita, Canuto, Choro...**

En nuestros novelistas actuales se constata una preocupación, a más de la social que es rubí en algunos: la sexual. Nicomedes Guzmán, en "Hombres Oscuros", y en los capítulos publicados de su nueva novela, "La Sangre y la Esperanza", está salpicado de instinto, huele a mujer carnosa y sana. Godoy concede al sexo, en "Angurrientos", una colocación dominante: lo destaca, lo nombra, lo canta, lo sugiere. Y es que Chile, tierra en potencia de bandera, no es sólo canción, sino virginidad de una mañana hermosa y nuestra, sexo de oro para el porvenir.

¿Quién es el personaje en esta novela? Pienso que el Sargento Ovalle, Edmundo, Wanda, y los otros, no son allí otra cosa que máscaras de centralísimo y auténtico Chile; Chile es la hombria del Sargento, en la frente marxista de Edmundo, en el corazón espléndido de aquella mujer.

"Se ahogaron todos los piojos" es un capítulo que al desglosarse resultaría un magnífico relato antológico: justeza de emoción y dicción.

Mientras leía esta novela, casualmente, lei, asimismo, algunos capítulos de otra de Pablo de Rokha y un hondo viento de chilénidad me golpeó por lado y lado: dos intérpretes que cantan y muestan Chile en la punta de sus cielos; verdaderos, como Sepúlveda Leyton, Romero Guzmán, el magnífico Lillo, pero diferentes por aquella condición de profecía y poesía que diamantiza sus prosas.

"Angurrientos" queda entre las sienes como un día marcado a sangre; se bebe uno a este libro como a un cántaro de vino chileno, en el que flotarán pequeñas flores queridas; queda y quema este libro— ancha proa.

A. S.
Santiago, enero de 1941.